

### EL CALDERERO

Ó EL MUTUO AGRADECIMIENTO

**L** Rey de Inglaterra Jacobo II se vió precisado á abandonar su reino ; vino á refugiarse á Francia, y Luis XIV le dió un asilo en San German : algunos vasallos leales le habian seguido, y se establecieron tambien en San German. Madama de Varonne, cuya historia voy á referiros, era de una de estas familias irlandesas ; todo el tiempo que vivió su marido lo pasó con mediana decencia, pero habiendo envidado, hallándose sin proteccion y sin parientes, no pudo obtener de la corte alguna parte de la pension que gozaba su marido. Sin embargo escribió á los ministros, dió varios memoriales, á los que respondian : *que se haria presente al rey su pretension*, con lo que mantuvo algunas esperanzas cerca de dos años. Pero al cabo de este tiempo, habiendo renovado sus instancias, se las negaron tan absolutamente, que no pudo ocultarse á sí misma su suerte. Su situacion era la mas deplorable ; en los dos años que habian pasado desde la muerte de su marido se habia visto precisada, para subsistir, á vender todas las alhajas y muebles que tenia, y ya no le quedaba ningun género de recurso. Su amor al retiro, su mucha piedad y poca salud eran causa de que tuviese muy pocos conocidos, y particularmente desde que era viuda habia dejado enteramente todo trato. Se hallaba, pues, sin amigos, sin esperanza, faltándole todo, sumergida en la mas horrorosa miseria, y para colmo de males tenia ya cincuenta años, y estaba muy quebrantada de salud. En este apuro recurrió al verdadero Dispensador de las consolaciones y gracias, al que podia mejorar su suerte, ó darle el valor y resignacion necesaria para sufrir con paciencia todo el rigor de ella ; postrada pidió á Dios con confianza, con lo que fortificada y superior á sí misma, conoció que la tranquilidad renacia en su pecho. Contempló con serenidad lo espantoso de su estado. « Pues si es preciso, decia entre sí misma, que perezca esta frágil existencia,

« ¿ qué importa que la aniquile el último extremo de la miseria, ó una enfermedad ? ¿ Qué importa morir debajo de un dosel ó sobre una estera ? ¿ Acaso será mi muerte mas dolorosa, porque no tengo que sentir la separacion de ninguna cosa de la tierra ? No por cierto ; al contrario, así no necesitaré ni exhortaciones ni valor ; no tendré sacrificio ninguno que hacer : abandonada del universo entero, solo pensaré en su Criador ; le consideraré pronto á recibirme, á premiarme, y esperaré la muerte como el mas precioso de sus dones. »

¡ Qué valor tan grande ! interrumpió Carolina. ¿ Es posible morir sin echar de ménos la vida ? — Considera, hija mia, dijo la Baronesa, que madama de Varonne no tenia hijos. — Y que no tenia madre ni marido, añadió la Marquesa. — Ademas, continuó la Baronesa, que la religion puede muy bien darnos esta resignacion sublime, y ya os tengo dicho que madama de Varonne estaba penetrada de la mas verdadera y sólida piedad ; pero volvamos á nuestra historia.



Al tiempo que hacia estas reflexiones entró en su cuarto Ambrosio su lacayo ; es preciso conocer este tal Ambrosio ; y así os le voy á pintar. Ambrosio tenia entónces cuarenta años, y habia veinte que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

servia á madama de Varonne ; no sabia leer ni escribir ; era naturalmente áspero, taciturno y regañon : siempre habia parecido que miraba con desprecio á sus compañeros, y que estaba enfadado con sus amos : su semblante continuamente mal contento, y su modo de hablar siempre de mal humor hacian que su servicio fuese poco grato. No obstante, su puntualidad, buena conducta y mucha lealtad habian hecho que se le tuviese en la casa por muy hombre de bien, y excelente criado ; pero solo manifestaba estas prendas esenciales, y poseia las virtudes mas sublimes : debajo de un exterior tan toscoc ocultaba el corazon mas noble y mas sensible.

Algun tiempo despues de la muerte de su marido habia madama de Varonne despedido á los criados de este, y solo se habia quedado con la cocinera, otra criada y Ambrosio ; llegó en fin el tiempo en que era preciso despedir tambien á estos tres. Ambrosio, como dije ántes, entró en su cuarto (era por invierno) y traia leña que iba á poner en la chimenea, cuando madama de Varonne le dijo : Ambrosio, es menester que me escuches. El tono enternecido con que pronunció su ama estas palabras sorprendió á Ambrosio ; deja prontamente en el suelo el tronco que traia, y mirando á su ama, le dice : Pues, señora, ¿qué hay de nuevo? — Ambrosio, ¿sabes cuánto debo á la cocinera? — Señora, no le debe Vd. nada, ni á María, ni á mí ; ayer nos pagó Vd. la mesada. — Tanto mejor ; ya no me acordaba. Pues es menester, Ambrosio, que digas á la cocinera y á María que ya no necesito que me sirvan... y tú mismo, Ambrosio mio, es preciso que busques otro acomodo... — ¡ Otro acomodo ! eso no, yo moriré sirviendo á Vd. : no, señora, yo no la he de dejar venga lo que venga... — Ambrosio, no conoces mi situacion... — Señora, Vd. no conoce á Ambrosio... ¿ y qué importa que la cerceñen á Vd. de su pension, tanto que no pueda pagar los criados? Despida Vd. á los otros en hora buena ; pero yo no merezco que Vd. me eche de su casa. No tengo el alma venal, y... — Pero, Ambrosio, si estoy enteramente arruinada. He vendido todo lo que tenia, y me han quitado mi pension... — Le han quitado á Vd. su pension.... eso no puede ser, no lo creo... — Pues es muy cierto no obstante... — ¡ Válgame Dios !... — Es menester venerar y adorar los decretos de la Providencia, sujetándonos á ella sin murmurar ; créete, Ambrosio, que experimento un gran consuelo en mi desgracia, resignándome con ella de todo corazon. ¡ Habrá en el mundo tantas

personas, tantas familias virtuosas que se hallen en esta situacion!... Yo por lo ménos no tengo hijos, padeceré sola, y esto es poco padecer... — No, no, exclamó Ambrosio sollozando, no, Vd. no padecerá, tengo brazos, y sé trabajar... — ¡ Ay, Ambrosio mio ! interrumpió enternecida madama de Varonne, jamas he dudado de tu lealtad... pero no abusaré de ella. Solo te pido por último servicio el que voy á decirte. Esté es que me busques una guardilla ; aun tengo algun dinero, que me podrá mantener dos ó tres meses, procuraré trabajar para ir pasando ; búscame, pues, en San German algunos parroquianos ; esto es todo lo que te pido, y lo que únicamente puedes hacer por mí. Durante este discurso, Ambrosio de pié enfrente de su ama, la miraba callando ; pero luego que hubo acabado de hablar, arrojándose á sus piés prorumpió diciendo : ¡ Ah ! señora, reciba Vd. el juramento del pobre Ambrosio, que se obliga á servirla hasta la muerte... y de mejor gana, con mas respeto y obediencia que nunca. Hace ya veinte años que Vd. me mantiene, me viste, me da de comer, y me hace pasar una vida quieta y sosegada : muchas veces he abusado de su bondad y paciencia ; pero, señora, perdóneme Vd. todas las faltas con que mi mal genio me ha hecho ofenderla. Esté Vd. segura que procuraré enmendarme ; solo le pido á Dios vida para esto. Al acabar estas palabras Ambrosio bañado en lágrimas se levantó, y salió del cuarto apresuradamente sin esperar respuesta.

Bien podéis juzgar qué grande y qué vivo sería el agradecimiento de que se sintió penetrada madama de Varonne ; conoció en esta ocasion que no hay males cuya amargura no disminuya este dulce sentimiento. Al cabo de un instante volvió Ambrosio, trayendo un bolsillo, y poniéndolo sobre la chimenea dijo : Gracias á Dios, gracias á Vd., señora, y á mi amo (que esté en gloria), aquí hay treinta luises ; este dinero Vd. me lo dió, y es suyo... — ¡ Ambrosio, el fruto de tus ahorros de veinte años ! ¡ oh cielos !... — Cuando Vd. tenia dineros me los daba, ahora que no los tiene se los vuelvo, el dinero no sirve mas que para esto. Bien sé que esta corta cantidad no puede sacar á mi ama de apuro, para eso cuento con lo que voy á decir. Es menester que Vd. se acuerde, señora, que soy hijo de un calderero, y que no he olvidado mi primer oficio, porque en los ratos desocupados, y cuando Vd. me daba permiso para ir á paseo, me iba á casa de Nicolás, un paisano mio, que es calderero, y por diver-

tirme le pedía algo que trabajar. Ahora lo que haré será trabajar de veras, ¡ y con qué ánimo! — Ya esto es demasiado, exclamó madama de Varonne, Ambrosio, virtuoso Ambrosio, ¡ en qué estado tan indigno de ti te ha colocado la suerte! — Contento estoy con él, si mi señora se puede acostumbrar á la mudanza de su situacion. — Tu lealtad, Ambrosio, me hace olvidar todas mis penas. ¿ Pero cómo he de permitir yo que padezcas por mí?... — ¿ Padezca por que trabaje, y mas siéndole á Vd. útil mi trabajo? No, señora, yo por mi parte estaré muy contento. Desde mañana voy á trabajar. Nicolás, que es un buen muchacho, hará que no me falte obra. Tiene en San German fama de buen maestro, y justamente necesita un buen oficial; yo soy robusto, fácilmente trabajaré por dos, y todo irá bien. No hallando ya madama de Varonne expresiones capaces de dar á entender su admiracion y agradecimiento, levantaba los ojos al cielo, y solo respondia con lágrimas.

Al dia siguiente despidió madama de Varonne á la cocinera y á la criada. Ambrosio alquiló en San German un cuarto tercero reducido, pero decente y con buenas luces; acomodó en él los pocos muebles que le quedaban á su ama, á la que, despues de haber hecho estas diligencias, llevó á su nueva habitacion. En esta halló madama de Varonne una buena cama, una silla de brazos bastante cómoda, una mesita con tintero y papel, sobre la cual estaban colocados los libros en un estante, y un armario grande, y en él guardada su ropa blanca, sus vestidos, y una provision de hilo para coser, un cubierto de plata, porque no queria Ambrosio que comiese con uno de estaño, y el bolsillo que contenia los treinta luises. En un rincon, detras de una cortina, estaba el vidriado que debia servir para guisar y comer. Esto es, dijo Ambrosio, lo que he podido hallar ménos malo por el precio que Vd. me habia dicho queria pagar de alquiler. No hay mas que un cuarto, pero la criada dormirá en un colchon que está debajo de su cama de Vd... — ¿ Cómo, qué es eso que dices de criada? interrumpió madama de Varonne. — ¿ Pues qué, puede Vd. pasarse sin una criada que le guise, haga los mandados y la desnude? — ¡ Pero, Ambrosio mio! — ¡ Oh! esta criada no le costará mucho; es una muchacha de trece años, que sin salario, por solo la comida la servirá. Por lo que á mí toca ya me he compuesto con Nicolás. Le he dicho que estaba desacomodado, y que viéndome necesitado era menester que me diese que trabajar. Nicolás, que es rico, muy

buen hombre, y paisano mio, me tendrá en su casa, que está cerca de aquí, me dará la comida, y veinte sueldos de jornal. En San German se vive á poca costa, por lo que podrá Vd. ir pasando con los veinte sueldos, tanto mejor cuanto que tiene algunas provisiones y algun dinero. No he querido decir nada de esto delante de Susana su criada de Vd.: ahora voy á buscarla. Diciendo esto salió Ambrosio, y al cabo de un rato volvió trayendo de la mano á una muchacha muy pulida, la que presentó á madama de Varonne, diciendo: Esta es la criada de quien he hablado á Vd. Su padre y su madre son pobres, pero muy aplicados; tienen seis hijos, y la señora hará una obra de caridad en recibir á esta por criada. Despues de este preámbulo, Ambrosio exhortó con entereza á Susana á portarse bien, y despidiéndose de madama de Varonne, se fué á casa de su amigo Nicolás.

¿ Quién será capaz de expresar lo que sentia en su interior madama de Varonne?... Semejante proceder no solo la penetraba de admiracion y agradecimiento, sino que tambien no podia acabar de comprender la mudanza repentina que notaba en el génio y modales de Ambrosio: este hombre, que habia conocido siempre toseco y regañon, desde que era su bienhechor no parecia el mismo: unia la crianza al buen proceder, y el esmero al heroísmo; halló en su corazon el miramiento que se debe á los desdichados; conocia cuán sagrada es la obligacion que nos impone nuestra propia beneficencia; sabía que no hay verdadera generosidad sin modestia, y que es preciso excusar toda humillacion al desdichado que se socorre. Al dia siguiente del en que tomó posesion de su nueva habitacion no vió madama de Varonne á Ambrosio, porque estaba trabajando; pero por la noche fué á verla un rato. Rogó á su ama encargase alguna cosa á Susana, y luego que estuvieron solos sacó de la faltriquera veinte sueldos envueltos en un papel, y poniéndolos sobre la mesa, dijo: *este es mi jornal*; y sin esperar respuesta llamó á Susana, y se fué á casa de Nicolás. ¡ Con qué tranquilidad dormiria aquella noche habiendo empleado de este modo el dia, y con qué deleite despertaria al siguiente! Por el placer que experimentamos haciendo alguna buena accion podemos juzgar el gozo inexplicable que puede causar una accion heroica como esta.

Exacto Ambrosio en desempeñar el cargo sublime que se habia impuesto, solo tomaba al cabo del mes el dinero necesario para pa-

gar la lavandera, zapatos, etc., y aun esta corta cantidad se la pedía á su ama, de quien la recibía como un regalo. En vano procuró madama de Varonne persuadirle á que se reservase parte del jornal, porque entónces Ambrosio, ó hacia que no lo oía, ó manifestaba tanto sentimiento que la obligaba á callar.

Con la esperanza de obligarle á procurarse algun descanso, madama de Varonne por su parte trabajaba sin cesar, y Susana, que tambien la ayudaba, iba á vender lo que hacían; pero cuando madama de Varonne ponderaba á Ambrosio el producto que sacaba de estas ventas, este solo respondía: tanto mejor, y al punto hablaba de otra cosa. El tiempo no varió nada de esta conducta; por espacio de cuatro años no faltó un punto á ella. Pero llegó el dia en que madama de Varonne debía sentir el pesar mas cruel y doloroso. Una noche, que como de costumbre le estaba esperando, vió entrar en su cuarto á la criada de Nicolás, que venía á decirle como Ambrosio estaba malo, y que se había visto precisado á quedarse en cama; al oír esto madama de Varonne dijo á la criada la condujese inmediatamente á casa de Nicolás, y al mismo tiempo mandó á Susana fuese á buscar un médico. Como no conocía Nicolás á madama de Varonne, se admiró al verla en su casa, y mas cuando le dijo que quería ir al cuarto de Ambrosio. — Pero, señora, respondió Nicolás, es imposible. — ¿Por qué? — Es menester subir por una escalera de mano. — ¡Es posible! ¡Ah, pobre Ambrosio!... Vamos por Dios, vamos á verle prontamente. — Señora, vuelvo á decir que se expone Vd. á romperse la cabeza, y ademas no podrá estar de pié en el cuarto de Ambrosio, porque está en un camaranchon tan malo... Al oír esto madama de Varonne no pudo reprimir el llanto, y pidiendo á Nicolás que la ayudase, subió, no sin mucho trabajo, por la escalera; halló al pobre Ambrosio en un rincon de aquel infeliz asilo, echado sobre un jergon. ¡Ay, Ambrosio mio, exclamó al verle, en qué estado te encuentro! ¡Y me decias que te gustaba tanto tu habitacion, y que estabas tan á gusto!... No se hallaba Ambrosio en estado de responderle, porque hacia ya una hora que estaba delirando, lo cual luego que lo hubo conocido madama de Varonne la hizo entregarse al sentimiento mas amargo. Vino en fin Susana con un médico, el que luego que entró en el camaranchon se quedó admirado de ver cerca del jergon de un pobre calderero una señora cuyo traje decente y aire noble anunciaba su

distinguido nacimiento, y que manifestaba estar en el mayor desconsuelo. Acercóse al enfermo, examinóle con cuidado, y dijo que le habían llamado tarde. Discurrid cual quedaria madama de Varonne al oír pronunciar esta fatal sentencia. El pobre Ambrosio, dijo Nicolás, se tiene la culpa; hace ya ocho dias que andaba malo, yo le he dicho mil veces que no trabajase, pero no hubo forma, solo esta mañana se quedó en cama porque no podía tenerse en pié. Para entrar en casa se cargó con mas obra de la que podía, y se ha matado á fuerza de tanto trabajar. Cada palabra de estas era un puñal que atravesaba el corazon sensible y agradecido de madama de Varonne... hecha un mar de lágrimas se acercó al médico, y juntando las manos le pidió encarecidamente no abandonase á Ambrosio. El médico era caritativo, y ademas todo lo que veía avivaba en gran manera su curiosidad, por lo que fácilmente condescendió en pasar parte de la noche con Ambrosio. Envió á buscar madama de Varonne á su casa colchones, mantas y ropa limpia; ella misma hizo la cama, ayudándola Susana, y el médico y Nicolás pasaron á ella á Ambrosio; acabada esta faena se recostó madama de Varonne en un banquillo de madera, y soltó las riendas á su llanto. Á las cuatro de la mañana se fué el médico, despues de haber hecho sangrar al enfermo, prometiendo volver al mediodía. Bien podéis pensar que madama de Varonne no se apartó de Ambrosio un instante: cuarenta y ocho horas pasó á su cabecera, sin darla el médico la menor esperanza; en fin, al tercer dia dijo que notaba mejoría, y aquella misma noche dijo que respondía de la vida de Ambrosio.

Á este punto de su narracion llegaba la Baronesa, cuando temiendo la Marquesa de Clemira que tan largo discurso la fatigase, la interrumpió, aunque no eran mas que las nueve y média, y le suplicó dejase lo demas de su historia para el dia siguiente... ¿Y qué, ya lo deja Vd.? exclamó Carolina, ¡es tan temprano aun! — ¿Y no has reparado que hace un cuarto de hora que tu abuela está ronca, y que ha tosido várias veces? — ¡Mamá!... — Un corazon sensible debería tener mas miramiento; un corazon sensible inspira siempre el temor de abusar de la bondad que se nos muestra. — Mamá, ya conozco que he hecho mal... — Siendo así, creo que no volverás á incurrir en semejante falta, y que otra vez no dudarás en preferir á tus gustos, no solo el agradecimiento, sino tambien cualquiera regla de buena crianza. Despues de esta leccioncita se fueron

á acostar, y al dia siguiente prosiguió la Baronesa su narracion de este modo:

No podré pintaros el gozo y alegría que tuvo madama de Varonne al ver que Ambrosio estaba fuera de peligro; queria continuar ve-lándole la noche siguiente, pero Ambrosio, que ya conocia y hablaba, no lo permitió de ningun modo; por lo que se volvió á su casa rendida del cansancio. Al dia siguiente le hizo el médico una visita, le manifestó un afecto tan sincero, y ella le estaba tan agradecida por el esmero y cuidado con que habia asistido á Ambrosio, que no pudo ménos de responder á sus preguntas, á las que satisfizo refiriéndole toda su historia. Tres dias despues de este suceso el médico, que no residia de ordinario en San German, tuvo precision de volver á Paris, y marchó apresuradamente, dejando á madama de Varonne con cabal salud, y á Ambrosio convaleciente. Entre tanto madama de Varonne se hallaba en la situacion mas crítica y miserable: en ocho dias habia gastado con Ambrosio el poco dinero que le quedaba; aun tenia para mantenerse cuatro ó cinco dias, pero como ni en otros tantos podria Ambrosio estar en estado de ponerse á la obra, temblaba al pensar que la necesidad le obligaria á trabajar ántes de estar restablecido, á riesgo evidente de una fatal recaída. Entónces fué cuando acabó de conocer lo horroroso de su situacion; entónces se reprendia amargamente haber aceptado los socorros del generoso Ambrosio. Sin mí, decia, seria feliz; su trabajo le hubiera mantenido con decencia; su lealtad para conmigo le ha quitado el sosiego, la felicidad... y quizas le costará la vida... ¿Y yo moriré sin pagarle? ¿pagarle!... ¡infeliz de mí! Aun cuando me fuese posible disponer todo á mi gusto, ¿podria acaso desempeñarme jamas para con él? Solo Dios es capaz de pagar esta deuda sagrada. Solo Dios podrá recompensar dignamente una virtud tan sublime.

Una tarde que madama de Varonne estaba sepultada en estas dolorosas reflexiones entró en su cuarto Susana sufocada, y le dijo que una señora muy hermosa queria hablarle. — Seguramente está equivocada, respondió madama de Varonne. — No, no, respondió Susana; yo he visto esta dama que preguntaba por madama de Varonne, que vive aquí en casa de Mr. Daviet, en el cuarto tercero; esto lo decia desde su coche, un coche muy hermoso con seis caballos. Yo estaba en la puerta de la calle, y le dije: Señora, aquí vive; la señora me ha respondido: ¿Querrás hacerme el favor de

decirle que me permita hablarle cuatro palabras? Luego que oí esto apreté á correr... Estando Susana diciendo esto oyó madama de Varonne que llamaban á la puerta; se levantó con sumo sobresalto, fué á abrir, y vió entrar en efecto á una señora del todo hermosa, que se acercó á ella con timidez y ternura. Mandó madama de Varonne á Susana se fuese. Luego que se vió sola con ella, tomando la incógnita la palabra le dijo: Tengo sumo gusto, señora, en participar á Vd. que el rey acaba de saber su situacion, y que su bondad le mueve á reparar la injusticia de la fortuna para con Vd... — ¡Oh Ambrosio! exclamó madama de Varonne juntando las manos, y levantándolas al cielo con toda la expresion del mas vivo agradecimiento y alegría. No pudo la incógnita detener su llanto al oír esta exclamacion; se acercó á madama de Varonne, y tomándola afectuosamente de la mano, le dijo: Venga Vd., señora, venga Vd. al nuevo alojamiento que le está destinado... — ¡Ah, señora! interrumpió madama de Varonne, ¿cómo podria yo expresar?... pero si me atreviera... le pediria el favor... señora, tengo un bienhechor, permítame Vd. que ántes de todo le haga saber esto. — Vd. es dueña de hacer lo que guste, respondió la incógnita, y por no incomodarla no la acompañaré á su casa, iré á esperarla en ella, pero la acompañaré á Vd. hasta su coche, que espera á la puerta. — ¡Mi coche! — Sí, señora, no perdamos mas tiempo, venga Vd. Diciendo esto la incógnita dió el brazo á madama de Varonne, que apenas podia sostenerse: salió con ella, y bajó la escalera. Al llegar á la puerta dijo la incógnita á un lacayo que la esperaba: Llama á los criados de madama de Varonne. Esta creía seguramente que estaba soñando. Su admiracion creció mucho mas al ver un lacayo con librea gris hacer arrimar un coche sencillo, pero cómodo, y decir despues: Este es el coche de la señora. Entónces la incógnita, haciéndolo abrir, hizo á madama de Varonne que entrase en él, y la dejó para ir á tomar el suyo. Preguntó el nuevo lacayo á madama de Varonne dónde gustaba ir; esta le dijo temblando que la llevase á casa del señor Nicolás el calderero. Bien podéis discurrir, hijos míos, la viva emocion y latidos del corazon que tendria madama de Varonne al ver esta casa... Tira del cordon, pára el coche, abre ella misma la portezuela, y apoyada en el brazo de su lacayo entra en la tienda de Nicolás. El primer objeto que se ofrece á su vista es Ambrosio con su vestido de trabajo.

Al verle madama de Varonne ocupado en su trabajo, experimentó un delicioso enternecimiento: trabajaba para ella, y ella le iba á librar para siempre de aquella penosa tarea, de la miseria y cansancio. Disfrutaba en toda su pureza de la dicha mayor y mas bien fundada que causa el agradecimiento en las almas generosas y sensibles. ¡Oh Ambrosio mio! exclamó como fuera de sí: Ven, sígueme... ven... deja ese trabajo que no volverás á tomar; tu suerte se ha mudado... Ven, pues, no tardes. En vano Ambrosio sorprendido



pregunta qué es aquello; en vano quiere á lo ménos que le dé tiempo para ponerse su vestido de dia de fiesta. No estaba madama de Varonne en estado de escucharle, ni de responderle. Le agarra de un brazo, le arrastra, sale con él, y le obliga á subir en su coche. Preguntóla entónces el lacayo si queria ir á su casa. Y madama de Varonne, estremeciéndose al oírle, le dijo mirando á Ambrosio: Sí, sí, vamos á nuestra casa.

En el tiempo que tardaron en llegar á ella madama de Varonne informó á Ambrosio de la visita que le habia hecho la dama incógnita. Ambrosio la escuchaba con una alegría mezclada de temor y dudas. Apénas se atrevia á creer cierta una dicha tan extraordinaria como impensada. En fin ve que el coche se pára á la puerta de una casa muy decente en el bosque de San German. Madama de Varonne y Ambrosio se apean; entran en una sala, en la que encuentran á la

dama incógnita que los esperaba; esta se adelanta á recibir á madama de Varonne, y presentándole un papel: Esto es, señora, le dijo, lo que el rey se ha dignado mandarme entregue á Vd.; es la orden de una pension de diez mil libras, y ademas le concede á Vd. la facultad de asegurar la mitad de ella á la persona que Vd. quiera. — ¡Ah, qué benéfica bondad! exclamó madama de Varonne; esta es, señora, la persona que nombro, este es el hombre virtuoso y honrado verdaderamente digno de la proteccion y de los favores de su soberano. Oyendo esto Ambrosio, que hasta entónces se habia ocultado detras de su ama, se avergonzó mucho mas; se retiró algunos pasos atras, enteramente cortado, quitándose el gorro, y á pesar del exceso de su alegría, experimentaba mucho rubor al oírse alabar de este modo. Sentia bastante ademas el estar delante de aquella señora la primera vez que le habia visto, sin peluca, con su delantal de cuero, y vestido puero, por lo que hubiera deseado tener el de los dias de fiesta... La dama se acercó á él. No huya Vd., Ambrosio, le dijo, no huya Vd., y permítame que le mire un instante. — Pero válgame Dios, señora, dijo Ambrosio bajando la cabeza y dando vueltas á su gorro, yo no he hecho nada que no sea muy regular, y me parece no hay en todo ello de qué admirarse... Entónces madama de Varonne le interrumpió para referir con igual expresion y viveza todo lo que Ambrosio habia hecho por ella. Luego que hubo acabado, suspiró la incógnita enternecida, y levantando los ojos al cielo dijo: Por fin despues de haber visto tantos ingratos he tenido el gusto de encontrar dos corazones sensibles y agradecidos... Á Dios, señora, continuó, esta casa y todo lo que hay en ella es de Vd.; dentro de un instante se le entregará la mitad de su pension. Diciendo esto iba á salir del cuarto la incógnita, pero madama de Varonne corriendo á ella bañada en llanto se arrojó á sus piés. La incógnita la levantó, la abrazó afectuosamente y se fué. No bien habia salido cuando volvieron á abrir la puerta. Madama de Varonne vió entrar al médico á quien Ambrosio debia la vida.

¡Ah! ya me lo pensaba yo, dijo César, que este buen médico sería el que se lo habia contado todo á la dama. — En efecto, replicó la Baronesa, y tambien madama de Varonne luego que le vió entrar cayó en lo mismo. Despues de haberle manifestado todo el agradecimiento de que estaba penetrada, le hizo algunas preguntas relativas á la señora incógnita, y supo de él que se llamaba madama

de P\*\*\* que residia en Versalles, en donde tenia mucho valimiento. Hace ya diez años, continuó, que soy su médico, y conociendo su beneficencia creí ciertamente darle un gran gusto haciéndole saber su situacion de Vd. En efecto, luego que la informé de todo compró esta casita, y obtuvo del rey la pension, de la que ha entregado á Vd. la orden. Siendo ya la hora de cenar entró un lacayo y dijo á madama de Varonne que la cena estaba pronta. Esta suplicó al médico se quedase á cenar con ellos, y apoyándose del brazo de Ambrosio pasaron hasta el comedor; dijo á Ambrosio se sentase á su lado, y rehusándolo este, diciendo no era razon se sentase con su ama á la mesa; ¿ pues qué, replicó esta, mi bienhechor y mi amigo acaso no es mi igual? Obedeció sin mas porfia el modesto y generoso Ambrosio; y madama de Varonne, sentada entre él y el médico, disfrutó en aquella feliz noche el conjunto de sensaciones puras y deliciosas que hacen nacer en un corazon sensible el agradecimiento y la inexplicable dicha de manifestar toda la extension de un sentimiento tan virtuoso y grato.

Bien pensaréis que Ambrosio al dia siguiente, gracias á madama de Varonne, se vió vestido á correspondencia de su nueva fortuna, y que su cuarto se alhajó y adornó con cuidado y aseo; que madama de Varonne partió con él todo el tiempo de su vida cuanto poseia, y que jamas recibió ni vió dinero, sin acordarse con suma ternura del tiempo en que el leal Ambrosio le daba cada noche sus veinte sueldos diciéndole: *este es mi jornal*.

Esta historia, hijos míos, continuó la Baronesa, prueba, como os lo decíamos, que no hay estado ni clase en que no se hallen las virtudes mas heroicas; prueba tambien que si comprendiésemos nuestros verdaderos intereses seríamos siempre virtuosos. Raras veces sucede que una accion heroica esté oculta; es imposible que una conducta sublime no se divulgue tarde ó temprano, y no logre una grande recompensa. Sacrificándose por su ama solo consultó Ambrosio á su corazon; pero demos que lo hubiese hecho por espíritu de reflexion é interes. Era imposible que hubiese seguido mejor plan de conducta para llegar á ser feliz. Ved las reflexiones que hubiera hecho. « Yo quiero salir de la oscuridad en que estoy, ¿ cómo lo haré? Soy pobre, y de bajo nacimiento; ¿ cómo haré, ¿ pues, para conciliarme la atencion y el favor de los que pueden mudar mi suerte? ¿ Cuáles son los medios mas seguros para

« fijar la atencion de los hombres é inspirarles un vivo interes? « ¿ Los talentos? Yo no los tengo, pero aun cuando los tuviese, y « grandes, me veria confundido entre otros muchos; ademas de « que si los talentos pueden agradar y deslumbrar, no podrán « seducir sino á muy pocos, porque son pocos los que pueden apre- « ciarlos, y la admiracion que causan jamas nace del corazon. ¿ Cuál « es, pues, el mérito que interesa universalmente? Este encanto « irresistible solo pertenece á la virtud; pero para distinguirme no « me basta la hombría de bien: esta alcanza la estimacion, y no la « admiracion del comun... La casualidad me ofrece una ocasion de « llegar al fin que me he propuesto. Madama de Varonne está « próxima á perecer bajo el peso de la miseria, pues débame su « existencia. Tarde ó temprano su agradecimiento hallará medios « seguros de dar realce á esta buena accion: entre tanto yo la « callaré, porque si solo por mí se divulgase perderia todo su « precio... »

Sin duda alguna, dijo César, esta reflexiones hubieran sido justas. El interes personal hubiera podido inducir á Ambrosio á todo lo que la sola virtud le hizo hacer. No hay duda, añadió su madre, y esta congruencia que veis, existe claramente para todos los hombres y en todos los lances de la vida. Nuestro propio interes bien entendido debe obligarnos á ser sinceros, justos, equitativos y generosos. Por tanto ha dicho un célebre escritor: *Por necedad somos malos, por necedad somos falsos, y por una necedad mucho mayor apropiamos ileas de fuerza y de grandeza al delito; ileas de espíritu y de talento al fraude y al artificio*.

¿ Pues qué, mamá, dijo Carolina, hay personas que hallan la grandeza en el delito? — Ojalá no fuera así. La historia os hará ver infinitas pruebas de esta verdad. Casi todos los historiadores dan el sobrenombre de *grande* á hombres y á soberanos que solo son famosos por sus injusticias é insultos. Á los conquistadores por ejemplo. — ¿ Con que se puede adquirir fama sin ser virtuoso? — Seguramente; pero esto no le libraré á ninguno de ser desgraciado y aborrecido. Con solo hacer cosas extraordinarias basta para alcanzar fama; pero solo haciendo acciones virtuosas se puede conseguir una celebridad digna de nuestro anhelo, esto es, gloriosa. — Ya lo entiendo, y comprendo tambien que por falta de reflexion podemos algunas veces admirar á los conquistadores, porque